

de los contratos mas profanos las obligaciones mútuas, y entendidas á su modo, de los soberanos y de los vasallos, sin ningun miramiento al carácter sagrado de ungidos del Señor, y sin admitir ninguna otra sancion que la perseverancia, ó por mejor decir, la inestabilidad de las voluntades humanas: es decir, que los independientes no admitian mas que un rey amovible al arbitrio del pueblo, un rey sujeto al juicio y al capricho de sus vasallos, ó por mejor decir, un rey que no fuese rey, porque un príncipe que tiene por jueces á sus vasallos, es por el mismo hecho un príncipe degradado.

Sin embargo, no debia consumarse tan pronto la degradacion del rey de Inglaterra. No habia experimentado aun la nacion todo el rigor de la sentencia pronunciada en estos términos proféticos que la convienen con mucha propiedad: «Lo que ha de morir, vaya á la muerte; y los que queden, destrúyanse unos á otros (1).» Un escrito publicado por el rey en respuesta á la declaracion infamatoria de la tiranía, en el cual pintaba de un modo patético á sus pueblos la profundidad del infortunio en que estaba abismado, escitó una indignacion y luego un levantamiento casi general contra los tiranos.

Desde luego el populacho empezó á gritar en medio de Lóndres: *viva el rey*, con tanta firmeza y resolucion, que el corregidor tuvo que retirarse á la torre. Despues se juntaron los habitantes del condado de Suray, acudieron tumultuariamente á Westminster, y presentaron al parlamento un escrito, en que pedian que se restableciese al rey y se licenciase al ejército de los independientes. Al mismo tiempo se formaron partidas y cuerpos de tropas, mas ó menos considerables, en el condado de Suffolk, en el de Cornuailles, en el principado de Gales y en el condado de Kent. Varios capitanes, bien acompañados, se presentaban por

(1) Zachar. c. 2, v. 9.

todas partes en disposicion de pelear, ó se encerraban bajo las banderas del rey cautivo en las plazas que habian sorprendido ó tomado por fuerza. Fueron imitados aun en el centro del reino por grandes del primer orden, como el jóven duque de Buckingham y el conde Holland, hermano del duque de Warwick, que antes habia sido uno de los mas celosos partidarios de la faccion parlamentaria. En una palabra, toda Inglaterra se armó en menos tres meses para defender la buena causa. Al mismo fin conspiraron los criados del rey, los presbiterianos, la mayor parte de los pares, muchos individuos de la cámara de los comunes, que no eran de la secta de los independientes, y hasta la ciudad de Londres, cansada ya de la insolencia del ejército de los rebeldes. Además de esto penetró en Inglaterra el ejército de Escocia, mandado por el duque de Hamilton. Ocho navios ingleses abandonaron tambien el partido de la independencia, y fueron á entregarse al duque de York, que se habia refugiado en Holanda, disfrazado en traje de muger, y que añadiendo otros navios á estos, formó una escuadra de veinte buques, con los cuales se hizo á la vela, dirigiéndose al Támesis.

Al ver una conspiracion tan general, volvieron todos á creer que estaba ya casi aniquilada la faccion parricida que dirigia Cromwell; pero no hay fuerza que resista á la mano suscitada para la ejecucion de los decretos del cielo. Cromwell, Fairfax, Lambert y todos los gefes de la rebelion, acabaron con cuantos obstáculos se les opusieron por la parte del Oriente, el primero; por la del Mediodia, el segundo, y por la del Norte, el tercero. Para frustrar la reconciliacion que continuaba el parlamento negociando con el rey, hizo Cromwell que se propusieran á este príncipe las condiciones mas duras, insistiendo siempre en la abolicion del episcopado. Todo el mundo conoció la malignidad; pero lo que resultó fue que los mediadores de la reconciliacion se desanimaron y

perdieron toda esperanza. En fin, agoviado Carlos con el esceso del infortunio, concedió casi todo lo que quisieron, y aun en cuanto al episcopado, consintió en que se suprimiesen los arzobispos, y en que los obispos solo tuviesen jurisdiccion para conferir órdenes; y aun acerca de este último artículo todavia condescendió hasta el punto de dejarlo á la decision de un sínodo que habria de convocarse por disposicion del parlamento. ¡Fatal y lastimosa delicadeza de conciencia! ¿Pero qué es lo que puede hacerse cuando se ha abandonado el centro de la unidad y de la verdad católica?

En allanar esta miserable dificultad se perdió un tiempo precioso que supieron aprovechar los revoltosos sectarios. Un solo verano les bastó para terminar la guerra que por todas partes tenían sobre sí. Fueron tomadas todas las plazas que seguian el partido justo. Los navios que quedaban en poder de la faccion, inutilizaron todas las tentativas del hijo del rey. Desembarazado Cromwell de los enemigos que tenía al frente de su ejército, fue volando á socorrer á Lambert, que estaba expuesto á ser acometido por el duque de Hamilton con mas de veinte mil escóceses, además de un cuerpo numeroso de ingleses realistas. Entre Cromwell y Lambert no tenían mas de diez mil hombres; pero la habilidad de los gefes y el valor experimentado de sus tropas suplieron por el número. Además de los muertos, con cuya sangre quedó inundado el campo de batalla, hicieron casi tantos prisioneros cuantos eran los vencedores. En muchas relaciones se lee que llegaron á nueve mil, incluso Hamilton y una porcion de personas distinguidas. Llegando despues hasta Edimburgo, fue recibido Cromwell en aquella ciudad, de unos como amigo, de otros como tirano; pero todos se sometieron por inclinacion ó por temor, renovaron de gráto ó por fuerza la liga entre los dos reinos, y le dieron el título de conservador de Escocia.

Despues de tantos triunfos, en nada se de-

tuvo ya el malvado, sino en cuanto lo juzgaba necesario para continuar alucinando; y principalmente para tener á sus órdenes á Fairfax, que le era muy útil en la ejecucion de sus designios. Hizo que se pidiese al parlamento, ya por medio de un regimiento de su ejército, ya por medio de una junta de oficiales, que se castigase sin ninguna escepcion á los que resultasen implicados en los disturbios anteriores. El parlamento, que conocia muy bien cual era la cabeza augusta contra la cual se dirigia aquella requisicion vaga, solo trataba de ganar tiempo, cuando el tirano, quitándose la máscara, publicó con el título de Representaciones, dirigidas á las dos cámaras por el ejército y por el pueblo inglés, la invectiva mas sangrienta contra el desgraciado monarca; y concluia pidiendo que se le castigase como á reo de toda la sangre derramada en las últimas guerras; que se procediese jurídicamente contra ciertos parlamentarios, á quienes se designaba; que se aboliese el parlamento actual, y que se estableciese una especie de potestad que representase al pueblo y gobernase el Estado en su nombre. Escitaron tanto horror estas proposiciones, que el parlamento mostró una firmeza que no se esperaba de él.

Entonces, á persuasion de Cromwell, entró Fairfax en Lóndres con diez mil hombres, al mismo tiempo que otro cuerpo de tropas se apoderaba del rey para trasladarle á Windsor (1648). Estaba Carlos conferenciando con algunos diputados del parlamento, cuando fueron á decirle que era menester ponerse en camino. Se mostró menos afligido que ellos, y se despidió con una firmeza de alma, que los llenó de admiracion y de lástima. «Creo (les dijo) que no volveremos á vernos. Cúmplase la voluntad de Dios. Espero con resignacion cuando puedan hacer conmigo los hombres, y os deseo una suerte mejor que la mia; pero aborreo debéis conocer que tras mi ruina vendrá la vuestra. Nada ignoro de lo que se maquina contra mi y contra mi familia, pero esto no

me interesa tanto como los males que amenazan á mi pueblo.» Sentimientos dignos de otro destino, y sobre todo de otra religion! Los tres reinos británicos, todas las córtés extranjeras, y en especial la de Francia, particularmente interesada en la defensa de un rey, esposo de una hija de Enrique el Grande, y que miraba la traslacion del rey como el preludio inmediato de la mayor iniquidad, toda la Europa se horrorizó y se indignó, pero su indignacion fué estéril.

La Francia tenía sobre sí, además de la guerra intestina ó de los chismes domésticos, conocidos con el nombre de la *Fronde*, y sin contar los embrollos de una menor edad tempestuosa, todas las fuerzas de la casa de Austria, y no podía menos de ser vencida, si se conciliaba tambien la enemistad de los ingleses, fuertemente solicitados por la España. La misma España, todos los Estados de Alemania, la Italia, la Holanda, los reinos del Norte, agoviados con el peso de una guerra tenaz, sostenida por espacio de treinta años, lejos de pensar en tomar parte en las desavenencias extrañas, solo deseaban la paz, que por fin llegó á negociarse, pero sufría grandes dificultades á causa de los varios intereses y pretensiones de una multitud casi infinita de partidos contrarios. Parecía que los apuros á que todos ellos se hallaban reducidos habian de facilitar la conciliacion; pero estos mismos apuros, que con corta diferencia eran iguales en todos los partidos, hacian mas difícil la concordia, porque no quedaba nadie en estado de dar la ley, y nadie queria sujetarse á recibirla. Irritados los ánimos con la contradiccion, se prorumpia en insultos en medio de las conferencias, y solian estas romperse cuando creian todos que se habia llegado á términos de avenencia. Asi se vió muchas veces intentar conseguir por la fuerza lo que el arte de la persuasion y todos los artificios de la política no habian podido obtener; pero la superioridad á que cada uno de los partidos aspiró tenazmente sobre los

otros, jamás se realizó en provecho de ninguno.

Las fuerzas de la Suecia, casi aniquiladas en la batalla de Norlinga (1634), se rebicieron con el valor y destreza de Bannier, de Torstenson, de Wrangel y del formidable Bernardo, duque de Sajonia-Weimar, generales todos formados ó perfeccionados en la escuela de Gustavo. Bannier, despues de haber derrotado en Wistock, ciudad de Sajonia, á los sajones é imperiales reunidos, tomó la fuerte plaza de Torgaw con toda su guarnicion, que se alistó entre los vencedores. Fué admirable su constancia en luchar contra los elementos, y no lo fueron menos sus marchas bien entendidas; atravesó una y muchas veces los rios á la vista de los enemigos, y recorrió todo el pais como vencedor, en lo mas cruel de un invierno riguroso, á las orillas del Elba y del mar Báltico. El advenimiento de Fernando III al imperio no causó alteracion alguna en la nueva fortuna de la Suecia. Este ilustre vencedor de Norlinga no pudo conservar á las armas imperiales la superioridad que las habia dado anteriormente con aquella inestimable victoria. En el pais del Rhin, el duque de Weimar, á pesar del rigor del invierno, formó el designio de apoderarse de las cuatro ciudades inmediatas á la Selva Negra. A la primera embestida tomó á Louffemburgo y Seckingen, mientras otra parte de sus tropas entró en Waldshut casi sin resistencia. Rhinfeldt, que era mas importante y mucho mas fuerte, estaba ya casi rendida, sin embargo de las aguas y nieves de que estaba llena la triachera, cuando los enemigos mandados por cuatro generales, cuyo gefe era el famoso Juan de Werth, se presentaron á socorrer la plaza. Lo único que pudieron hacer fué introducir en ella trescientos hombres despues de un choque muy obstinado, que sostuvo el duque Bernardo con la menor parte de su ejército, porque no habia podido reunir á tiempo los cuarteles, y aun asi quedaron tan castigados los imperiales, que tuvieron que abandonar

el campo de batalla. Pero no contento con una victoria imperfecta, é irritado aquel leon al ver que se le escapaba la presa, fué volando en su seguimiento. Tenia Werth tan poca idea de la rapidez de aquel rayo de la guerra, que al acercarse la vanguardia enemiga, creyó que era una partida que iba á la descubierta; y habiéndose desengañado muy en breve, puso aceleradamente su ejército en orden de batalla, é hizo la mosquetería una descarga furiosa; pero á través de ella, avanzando á cierraosjos las tropas del duque hicieron estas una descarga á boca de jarro que mató ó desbarató á todos los enemigos que tenia delante. El temor y la derrota pasaron desde allí á todo el ejército, y aun á la caballería, la cual se dió á huir sin haber disparado casi un tiro. Juan de Werth, abandonado y desmontado, quedó prisionero muy á los principios, y en pocos momentos tuvieron la misma suerte todos los generales sin ninguna escepcion, con una multitud innumerable de oficiales subalternos. A esta victoria se siguió la toma de Rhinfeldt y de muchas ciudades de la Suavia.

Poco satisfecho el vencedor con estos triunfos, puso la mira en Brisack, plaza de la mayor importancia para ambos partidos, como que era la llave de sus Estados respectivos, esto es, de la Francia para los imperiales y del imperio para los franceses. Fué necesario desde luego tomar una porcion de plazas que la defendian, y en especial á Friburgo, capaz por sí sola de consumir un ejército numeroso, y fué tambien necesario ganar casi otras tantas batallas campales. El general Gœtz fué el primero que quedó derrotado cerca de la aldea de Witemveir, por la mitad de un ejército, que aun con la otra mitad ocupada en guardar las lineas hubiera sido inferior al suyo. Poco despues tuvo la misma suerte el duque de Lorena, y habiendo vuelto al combate, pasados algunos dias, con las tropas que pudo reunir, solo sirvió su obstinacion para aumentar su desgracia. Irritado el general Gœtz de su propia

derrota, y lleno de impaciencia por desquitarse, volvió tambien con las tropas de refresco que le habia llevado Lamboi; cañoneó las lineas de los sitiadores con una artillería numerosa, atacó y les tomó algunos puestos, que al momento volvieron á ser recobrados; los inquietó de dia y de noche, y mil veces intentó hacer riza en ellos, de suerte que fatigados los vencedores con la continuacion de sus victorias, les faltó poco para rendirse al peso de sus laureles; y si por último lograron disipar á sus obstinados rivales, fué por una fuerza de alma y de valor que, por decirlo asi, hacia que mudasen de naturaleza los cuerpos que animaba. El general Goltz, sucesor de Gœtz, á quien desesperado el emperador le habia condenado á una injusta prision, lejos de remediar las desgracias pasadas, huyó luego que supo que el duque, tantas veces triunfante, iba á buscarle á toda prisa. Por fin, se rindió la plaza de Brisack, sin haber sacado otro fruto de aquellos funestos socorros que una resistencia desesperada y una hambre tan horrible, que iban los habitantes á los cementerios á desenterrar los muertos y devorar sus huesos.

El general Torstenson, que se hallaba en Bohemia, á donde habia acudido el emperador y comunicado á sus tropas con su presencia una actividad que fatigaba prodigiosamente á los suecos, las acometió brusca y repentinamente, arrolló la caballería al primer choque, é hizo un destrozo bastante grande en la infantería, despues de lo cual pelearon unos y otros, no para conseguir algunos laureles infructuosos, sino para ganarlo ó perderlo todo. Se suspendió la batalla por la oscuridad de la noche, pero volvió á renovarse al dia siguiente. En vano pelearon los imperiales con mayor obstinacion que en ningun otro tiempo, pues solo sirvió su resistencia para dar una victoria mas completa á los suecos, á vista del emperador, el cual se retiró consternado hasta Viena. Fué tan grande el terror en los paises hereditarios de la casa de Austria, todos abiertos al enemigo con esta

sola victoria, que los habitantes huyeron á bandadas á buscar un asilo hasta en Italia. Para contener la desercion, se vió precisado el emperador á prohibirla con las penas mas rigorosas. Sin embargo (rasgo memorable de la religion de este principe!) sostuvo la ejecucion del edicto que habia espedido á principios de este año 1645 para desterrar de sus dominios todo ejercicio de la religion protestante, sin temer el resentimiento de los suecos, no menos ardientes en el error que en las conquistas.

El general Mercí reanimó poco despues las esperanzas de Fernando, derrotando en Mariendal al mas famoso de los generales franceses, á Turena, que hasta entonces estaba reputado por invencible; pero este héroe se desquitó en la misma campaña y precisamente en el mismo teatro de la antigua gloria de Fernando. Turena y Condé, reunidos en los campos de Norlinga, tan funestos en otro tiempo á la Suecia, lavaron la afrenta de sus aliados en la sangre del enemigo comun, y convirtieron aquel monumento de tristeza en un monumento mas duradero de triunfo. Turena y Wrangel, general sueco, consiguieron tambien en Sommerhausen, cerca de Augsburgo, una victoria que, cuando menos, acabó de restablecer el equilibrio entre las dos naciones.

Peró cuántos obstáculos habia aun que vencer para ajustar la paz general, para conciliar tantos intereses contrarios, y sobre todo para avenir los ánimos. La Religion, á la cual debemos limitarnos ó referirnos principalmente, ofrecia por sí sola un obstáculo terrible para la política mas consumada, desde que las confederaciones y las armas protestantes contrapesaban en el imperio el resto de sus fuerzas. Cuando el luteranismo estaba en su origen, lejos de aspirar á los títulos y posesiones de la Iglesia, se contentaba con que se le tolerase. Tuvo á gran favor el haber conseguido en Augsburgo el famoso *Interim* que suspendia el decreto de su proscripcion, y aun mas la transaccion de Passau (1552), con la paz de religion

que permitia á sus sectarios el ejercicio de su nuevo culto, segun la confesion de Augsburgo. Pero tal es el carácter de las sectas: timidas y abatidas en su infancia, apenas adquieren alguna incremento, se llenan de orgullo y arrogancia, y calculan sus pretensiones por la medida de sus faerzas.

Los novadores de Alemania habian convenido por medio de los tratados mas solemnes en que los prelados y todos los beneficiados católicos que abandonasen la Religion romana para abrazar la de ellos, quedasen por el mismo hecho obligados á dejar sus beneficios. Luego que creyeron poder infringir los tratados y las leyes, empezaron á codiciar los bienes y las dignidades de la Iglesia. Atropellando entonces el derecho de gentes, que tanto habian reclamado, invadieron con espada en mano las mas antiguas posesiones de la Iglesia, y convirtieron contra ella sus propios bienes. Fernando II habia tratado justamente de reprimir este latrocinio sacrilego con su famoso edicto de restitution; pero en medio de la confusion y de las guerras que pusieron el imperio á dos dedos de su ruina, no contentos los sectarios con volver á la posesion de los bienes eclesiásticos que se les habia obligado á restituir, usurparon otros infinitos derechos y bienes que siempre habian estado en manos del clero católico, y mirándolos ya como conquista suya y como un patrimonio inenagenable, trataban de vejacion y de tirania los esfuerzos que hacian los católicos para recobrar sus propiedades, ó para poner algun limite á las usurpaciones. De aqui las quejas y clamores con que aturdian toda la Alemania: de aqui los agravios (como ellos decian) que presentaron á toda prisa en diez capitulos á los plenipotenciarios de Westfalia, tres años antes de que se pudiese convenir nada.

Pedian en sustancia, á pesar de los edictos y tratados contrarios, que á los prelados y demas beneficiados que pasasen de la fé católica al luteranismo, no se les privase de sus

beneficios; que los bienes de la Iglesia situados en territorio de los luteranos estuviesen sujetos á la jurisdiccion de estos; que todos los Estados llamados evangélicos tuviesen un derecho ilimitado de ordenar y reformar la Religion en toda la estension de sus territorios; que los evangélicos percibiesen libremente las rentas, diezmos, pensiones y limosnas fundadas en los Estados católicos para los curatos, monasterios ú hospitales que poseian los protestantes; que ni el Papa, ni ningun prelado de la comunien romana tuviese ninguna especie de jurisdiccion sobre cualquier persona que fuese en el territorio de los Estados evangélicos; que en las asambleas del imperio no se atendiese á la pluralidad de votos cuando se tratase de asuntos de Religion, sino que el partido de los evangélicos, aunque menos numeroso, tuviese una autoridad siempre igual á la de los católicos; y en fin, que en las diputaciones ordinarias del imperio, aun cuando no se tratase de religion, fuese perfectamente igual el número de los diputados de los dos partidos. Claro se ve que aquellos ambiciosos sectarios querian una igualdad perfecta entre ellos y los católicos, á los cuales despojaban de este modo de todo lo que se atribuian á sí mismos; y podemos asegurar tambien, que no queriendo que se atendiese á la pluralidad de votos en las asambleas del imperio, solo pretendian que reinase en ellas el desorden y la confusion.

No satisfechos ni aun con la igualdad, aspiraban á arruinar insensiblemente con sus supercherias y perjurios la Religion antigua, pues disimulando su creencia hasta recibir las órdenes sagradas para obtener las prebendas y prelacias, se quitaban despues la máscara y volbian con ellas á su secta, y esta proponia nuevas condiciones y nuevas fórmulas de juramento para que los católicos no pudiesen volver jamás á poseerlas. Se atribuian tambien una superioridad manifiesta sobre los eclesiásticos de la Religion antigua, los cuales si llegaban á casarse, estaban obligados á dejar sus

beneficios; pero á ellos su propio matrimonio, ó por mejor decir, su concubinato, lejos de inhabilitarlos para los beneficios, los hacia mas dignos de ellos, segun las máximas de su impura reforma. Asimismo, mientras ellos no querian que los Estados católicos, ni aun los eclesiásticos, tuviesen el ejercicio de su jurisdiccion, en cuanto á lo espiritual, sobre todos los súbditos de su propio territorio, ellos se atribuian el derecho de obligar á todos sus vasallos indistintamente á abrazar y profesar sus errores. Igualmente negaban á los católicos las rentas que les pertenecian en territorio protestante, al paso que ellos pretendian percibir el producto de sus beneficios, aunque estuviesen situados en territorio católico. Llegaron sus pretensiones hasta el estremo de pedir que se suprimiese la cámara imperial con todos los demas tribunales de justicia del imperio, y que en su lugar se estableciesen cuatro cámaras nuevas, y supremas cada una en su distrito, compuestas de igual número de católicos y de protestantes.

Los suecos, no menos exigentes en punto de religion que los príncipes protestantes de Alemania, decian públicamente, que el equilibrio de las dos religiones en el imperio era la única cosa que podia dar á la paz la seguridad y permanencia necesaria; de donde inferian que debia establecerse la igualdad, asi en el colegio electoral, como en la cámara imperial y en el consejo áulico: celo de secta, que, aunque poco sincero en la realidad, al fin cohonestaba ventajosamente el designio que tenia aquella nacion de estenderse fuera de sus tierras heladas y de proporcionarse en Alemania un establecimiento que la diese mas autoridad é influjo en Europa, á cuyo fin contribuia mucho el ardor que mostraba por la defensa de la religion protestante y de la libertad germánica. Además de la hermosa provincia de Pomerania, querian los suecos que se les cediesen las diócesis de Brema, Werden, Halberstad, Osnabruck y Minden, é